

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 22 de Setiembre de 1895.

Núm. 283.

Subscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Ayétoles, 11, bajo.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Cesaron los conjuros.
Se llevaron la Virgen.
Pasó la feria.
Los días acortaron.
Y pronto, el Sr. de Pelacañas, asomará sus largas narices.
Hé aquí el sumario del Palique de hoy.

Los conjuros tienen para Murcia una historia hermosa. Se establecieron cuando la reconquista y era un toque sagrado de los primeros cristianos que fiaban en ellos el éxito de sus trabajos agrícolas.

Los conjuros alegran los corazones, porque empiezan en la Cruz de Mayo y terminan en la de Setiembre, con la siesta, que en este país cálido se hace indispensable al hombre laborioso y trabajador.

Se llevaron la Virgen, y como siempre, nuestra popular romería se vió animadísima, y á última hora tuvimos que lamentar algunas notas tristes, á causa del Jumillano, que para algunos siempre es *peleón*.

Pasó la feria y con ella todo ha vuelto á su primitivo estado.

La velada del jueves, á beneficio de la Tienda Asilo, estuvo bastante animada.

Nuestras hermosas mujeres, las que siempre contribuyen con su presencia á embellecer los espectáculos públicos, acudieron á nuestra hermosa Glorieta en las pasadas fiestas.

De estas, algunas de ellas tendrán gratos recuerdos, porque tal vez realicen sus ilusiones, aún cuando la experiencia enseña, que los amores de feria y de verano, suelen enfriarse con el *cordónaxo* de San Francisco.

Sabemos de una individua, forastera por cierto, que ha sido obsequiada galantemente por un murciano, amigo nuestro, que á estas



—Adios hermosa mía,
me voy á Cuba;
tan pronto como vuelva
nos casa el cura.
Y así, nosotros,
seremos, no lo dudes,
siempre dichosos.

horas estará llorando en el rincón de su hogar, al saber que Abelardo, que viste el honroso uniforme militar, ha sido destinado á la Manigua. Triste desgracia enamorarse en tiempo de guerra, porque...

¡Ojos que te vieron ir,
cuándo te verán volver!

Ya son más largas las noches que los días.

Empiezan las veladas en los talleres; se anima el *flaneo* de la Platería; se forman *corrillos* en los cafés, y

«Cada mujer deshonrada
una copa de lo añejo,
cada tira de pellejo
una alegre carejada.

Pronto, el Sr. de Pelacañas, armará conflictos entre los *descapados*, y entre los que poseen, capas que se escapan, como diría D. Ramón de la Cruz.

El invierno tiene sus inconvenientes y sus convenientes.

Los inconvenientes los toca el pobre, los convenientes el rico.

Ambos tienen un fatal enemigo: la pulmonía, que acompaña siempre al Sr. de Pelacañas, que no conoce clases ni gerarquías.

Ramón Blanco

El amor ideal.

SONETO.

Haces bien en decir, Lesbía querida,
Que para mí son leyes tus antojos,
Pues por una mirada de tus ojos
Satisfecho y feliz diera mi vida.
Pide á mi amor, sin tregua y sin medida,
Sacrificios, placer, dicha y enojos;
Pide que torne en flores los abrojos
Y en pavesas la nieve derretida.
Pídemme que te cante como Homero,
Que ruja como hirviente catarata,
Que lllore entre cadenas prisionero:
Pídemme, Lesbía, mi ilusión más grata;
Mas no me pidas ropa ni dinero,
Porque estoy más perdido que una rata.

MANUEL DEL PALACIO

CANTARES

Para placeres, tu amor;
Para dichas, tu presencia;
Para tormento, tus celos,
Y para muerte, tu ausencia.

Cuando quieras darme, niña,
Alguna prueba de afecto,
No me des rosas, ni cartas,
Dame trajes ó dinero.

Tres veces cogí la pluma,
Tres veces cogí el tintero;
Tres veces se me cayó
El corazón en el suelo.

La Monja Trinitaria.

I.

Balbina amaba con verdadera pasión á Ernesto, y éste á su vez correspondía aquel amor.

Pero las ideas de él, no debían ser muy santas, al hacerla ciertas proposiciones que la joven rechazó con energía, diciéndole:

— ¡Te amo mucho, y si me llegaras á olvidar me mataría, pero huir contigo eso nunca!

— Pues entonces— replicó Ernesto— debo poner en tu conocimiento que mis estudios me obligan á partir para Francia.

— ¡Cómo!... ¿Te marchas?...

— ¡Sí, pero tú serás mía, te lo prometo; veo sabes defender tu honor, y eres la mujer que anhelo... ¿Me esperarás?

— ¡Sí Ernesto mío!

— ¡Nadie me robará tu amor?

— ¡Nadie!— contestó Balbina con firmeza.

Cuatro días después se despidieron, jurándose eterno amor.

Ernesto al separarse de su amada murmuró en tono de mofa.

— ¡Ya me puedes esperar y sentada!

Balbina amándole cada día más se creyó con fuerzas para soportar la ausencia.

II.

Seis meses más tarde, recibió Balbina una carta que no era la letra de su amante.

Precipitadamente, rasgó el sobre leyendo su contenido. Al concluir la lectura, fue atacada de un accidente que puso en peligro su vida.

En dicha carta se le anunciaban que Ernesto había muerto víctima del tífus en veinticuatro horas.

La joven estuvo gravemente enferma y una vez en la convalecencia, anunció á su anciana madre que entraría en las Trinitarias.

La anciana rogó... lloró, todo fué en vano.

— ¡Muerto mi Ernesto— decía— qué me importa el mundo?...

Cuanto hicieron para convencerla, todo fué inútil.

